

# 50

## PREGUNTAS SOBRE LA FE

Publicado por

### EUNSA

Versión interactiva

### arguments

www.arguments.es

Jorge Miras y Tomás Trigo  
(editores)

# 11

## ¿No cree que la Iglesia con el paso de los siglos ha ido perdiendo fuerza, al transmitir algo de lo que los creyentes no fueron testigos?

**T**odo creyente, aunque no sea un testigo contemporáneo de la vida y las enseñanzas de Jesucristo, vive realmente hoy un *encuentro* con Cristo Resucitado, como quien trata a alguien vivo que se hace presente en la comunión de la fe, de la liturgia y de la vida de la Iglesia, es decir, en su Tradición apostólica, que es precisamente una transmisión viva del mensaje cristiano de salvación que los apóstoles recibieron directamente del Señor. Los mismos apóstoles u otros cristianos de su tiempo pusieron por escrito ese mensaje, bajo la inspiración, guía y asistencia del Espíritu Santo.

Además, los apóstoles eligieron a otros sucesores suyos a los que confiaron su cargo de enseñanza, ya que, por voluntad de Dios, el Evangelio, la Buena Nueva de salvación, debía conservarse íntegro y vivo. Esos sucesores son los obispos, que fueron instituidos para transmitir fielmente la predicación apostólica. La responsabilidad de conservar intactas todas las *tradiciones* (palabra que no significa «cosas antiguas que se mantienen porque siempre se han hecho así», sino «lo que ha sido entregado, o transmitido») recibidas de palabra o por

escrito, no corresponde solo a los obispos, sino a todos los miembros de la Iglesia. Por tanto, es la misma Iglesia la que «en su doctrina, en su vida y en su culto, transmite a todas las generaciones todo lo que ella es y todo lo que ella cree» (Concilio Vaticano II, constitución *Dei Verbum*, 8). Y ello sin que se pierda la fuerza genuina y original del mensaje de Cristo.

¿Quién garantiza esta seguridad? Dios mismo: el Espíritu Santo. Él es el auténtico garante de esa transmisión fiel. Es más, Él es el que asegura que sea real a lo largo de los siglos la presencia activa del misterio de Jesucristo en la historia, tal como recuerda Benedicto XVI:

«Gracias al Paráclito, la experiencia del Resucitado que tuvo la comunidad apostólica en los orígenes de la Iglesia podrán vivirla siempre las generaciones sucesivas en cuanto transmitida y actualizada en la fe, en el culto y en la comunión del pueblo de Dios, peregrino en el tiempo» (*Audiencia general*, 26.IV.2006). En efecto –señala también el Papa–, hay «una cadena ininterrumpida de la vida de la Iglesia, de la proclamación de la Palabra de Dios, de la celebración de los

sacramentos, que llega hasta nosotros y que llamamos Tradición. Esta nos da la seguridad de que lo que creemos es el mensaje original de Cristo, predicado por los Apóstoles. El núcleo del anuncio primordial es el acontecimiento de la Muerte y Resurrección del Señor, de donde brota toda la herencia de la fe» (*Audiencia general*, 31.X.2012).

Esta Tradición no es una transmisión de simples cosas o palabras, enseñanzas y ritos, en fin, algo muerto e inerte, sino que es:

«el río vivo que se remonta a los orígenes, el río vivo en el que los orígenes están siempre presentes. El gran río que nos lleva al puerto de la eternidad. Y al ser así, en este río vivo se realiza siempre de nuevo la palabra del Señor: *Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Evangelio según san Mateo 28, 20)*» (*Audiencia general*, 26-IV-2006).

Es por tanto en la Tradición viva de la Iglesia donde entramos en contacto con Cristo y su mensaje de salvación, y somos por ello realmente testigos del Resucitado. Lo que se nos transmite en la Iglesia es la presencia eficaz y permanente del mismo Señor Jesús por obra del Espíritu Santo, no el simple contenido material de un mensaje que hubiera podido perder vigor y fuerza con el paso del tiempo y la lejanía de los orígenes. ■

**Para saber más:**

Catecismo de la Iglesia Católica,  
74-83; 126; 857-865.

Juan Antonio Gil-Tamayo